

CONSIDERACIONES ACERCA DE  
EL FACTOR HOMBRE Y SUS DESTINOS

POR

ENRIQUE DE EGUREN Y BENGOA

CATEDRÁTICO DE BIOLOGÍA

Son tan numerosas y de índole tan diversa las sugerencias a que se presta el precedente enunciado—tema de la Conferencia desarrollada en el Curso de invierno, organizado por la Universidad de Oviedo en 1942,—que difícilmente pueden ser todas ellas sometidas a examen y consideración en el Curso de una Conferencia, así como resulta aún menos factible, ser compendiadas en este breve resumen de aquella exposición.

Ante esta circunstancia, necesariamente, quedan reducidas aquellas consideraciones a un corto número, en las que el estudio del hombre se lleva a efecto mediante semejanza, o por comparación; es así, por tanto, que sus modismos de vida más que formas de tipo individual reflejan aspectos de carácter colectivo, y en tal sentido, son dignos de atención los propiamente sociales.

### El hombre y el Universo

A la pregunta ¿qué es el hombre?—en relación a su existencia—, podría contestarse que es, uno de los innúmeros seres de la



Creación; o si se quiere, una minúscula criatura dentro de la inmensidad del Universo; y aunque titulado, rey de la Creación, implica menos que un diminuto grano de arena, si se compara con la grandiosidad del Cosmos.

Pero esta magna obra creada, es a su vez, creadora de cuantos elementos son imprescindibles para mantener en admirable consorcio a todo un cúmulo de factores, lo que por un lado se traduce en la pasmosa armonía de la impresionante vida cosmológica. Y lo que, en otro orden de cosas, de índole diferente y más reducida significación—aunque por sus efectos, de más clara visión,—se aprecia en la íntima relación en que convergen la energía y materia en el propio solar terrestre, para conceder de su propia entraña la prodigiosa continuidad entre la materia y su diversidad de formas.

Es así, como aparece la vida de unas formas ligada con encargos a la de otras, a modo de obligados peldaños, en los que diríase, se entretuvo y mantuvo complacidamente la mano del Creador en contemplación de su empresa, en tanto actuaba por propio impulso la misma Naturaleza.

Por que fué suficiente un Supremo anhelo, como afán inicial de la obra, para que ésta por esencial y fecunda adquiriese su magno esplendor, mediante gradual desenvolvimiento, con arreglo a normas dimanadas—si así puede decirse,—desde el principio, sin comienzo, de un Infinito poder, y a su vez orientadas al futuro, sin fin, de la misma Esencia creadora.

Si pues, por propia voluntad, nos abstraemos en la idea de lo que es y constituye el Mundo, realmente cabe preguntarse: ¿nos damos cuenta exacta de lo que supone semejante concepto? Por que, de tal modo estamos apegados a los reducidos menesteres de esta tierra en que vivimos, como actividades de todo orden, que solo una abstención total de tales sucesos y empresas, puede permitir pensar con cierto detenimiento en cuanto representa la más asombrosa concepción para el espíritu humano. Y así se califica, porque realmente no cabe con ella comparación posible, ni aún

tratándose de las verdaderamente soberbias, que tanto nos impresionan y sorprenden, como son las logradas por inventiva de aquel mismo espíritu, las que al fin y al cabo, no son otra cosa que hijas—en orden muy limitado,—de esa grandiosa Naturaleza.

Y al objeto del tema ¿qué representa la existencia, magnitud y potencialidad energética del Cosmos?

Para que el hombre llegase a ser motivo de origen, como superación de todo lo existente, y por tal predecesor obligado a la aparición o creación de aquél, fué preciso que, poco a poco, paulatinamente, sin brusquedades ni saltos—que la misma Naturaleza rechaza si no es para casos extremos, y como consecuencia de la propia efectividad;—es decir, en la forma como mejor lo concibe la razón humana—por factura a imagen y semejanza del espíritu Hacedor,—se requirió necesario, que fuese desenvuelto cuanto hubo de anteceder en existencia al hombre.

Es así, cómo la necesidad de la propia obra en proyecto, determinó el espacio inmenso—sin tasa aparente,—en el que, a medida que las circunstancias lo impusiesen, hubieron de sucederse evolutivos cambios en el desenvolvimiento y constitución de los seres cosmogónicos; y a fin, de establecerse sucesivamente las condiciones y factores evidentemente imprescindibles, para que la vida tomase efectividad—cuando menos que hasta ahora sepamos con certidumbre,—en determinada localización de ese Universo: en este planeta Tierra en que habitamos, como exigua partícula del inmensurable Cosmos.

Sin esa prévia y metódica armonización y valoración cósmica, las estrellas no hubieran dado luz, y entre ellas nuestro Sol, aparentemente mayor como más próxima a nosotros, no la hubiese emitido así como tampoco el calor. Factores son éstos que con el aire y el agua son tan necesarios—en compleja actividad de energías—a la prosecución de la vida, una vez que esta fué iniciada por expresa Voluntad creadora, y como no podía menos de suceder por sabia concepción, muy a tono con las condiciones de vitalidad y habitabilidad propias del ambiente.

Y tras del sucesivo origen y consiguiente desarrollo que mediante revelación reseña la referencia bíblica, en pleno acuerdo con los datos que de continuo aporta la ciencia mediante su sistematizado método de investigación, se sintetiza el medio hábil con que podríamos decir,—a través del tiempo y en el espacio,—aparecen las largas series de formas vegetales y animales, preparando así con todo detalle, las más favorables condiciones que pudo requerir la cuna terrena, como adecuada habitación para la estirpe humana.

Bien es cierto que para semejante advenimiento, se precisaron prolongados interregnos de muy diferente actividad geológica, merced a cuyas variaciones experimentaron profundos trastornos tanto el contenido terrestre como los seres vivientes asentados sobre su superficie. Es más, en ese enorme lapso de transición, muchas de las formas, por falta de elementos hábiles para su desarrollo quedaron extinguidas, en tanto que, otras acomodándose a las variaciones del medio, lograron sobrevivir con la natural variación de vida y organización, dando lugar la influencia de tales requisitos a la iniciación de formas nuevas.

Todo este continuo tejer y destejer, fruto consecuente de la actuación de las potentes energías naturales, se tradujo por el lado inmediato, a presentar un más conveniente conjunto de factores como favorable medio para recibir al llamado rey de la Creación. En cambio, por otra parte y para tiempos muy posteriores, significó la preparación en debida forma de las potentes reservas naturales con que el propio hombre, habría de lograr un inmenso beneficio para las necesidades sociales. Al efecto, no hay más que detenerse a pensar en lo que representan las vastas formaciones de yacimientos carbonosos, las líquidas venas petrolíferas, y los diversos productos inorgánicos minerales, para descubrir el portentoso arsenal que el hombre ha encontrado a mano, a medida que el progreso de su civilización lo ha exigido para muy diversos usos y aplicaciones.

En resumen, la fase terrestre biogeológica precursora del hombre—enormemente larga si se compara con el período de tiempo

desde que el hombre habita la tierra,—contribuyó a preparar el paradisiaco vergel que los prodigios naturales, con fecundidad y exuberancia, estimaron como escenario apropiado para la primitiva mansión humana.

La fase prehominal fué larga, pero necesaria su duración. Un solo ejemplo, pero clarividente, será suficiente para demostrar aquella necesidad; mucho antes de la creación humana llegaron a su máximo apogeo los monstruosos animales por exageradas proporciones y formas; pues bien, su desenvolvimiento y desaparición fué asimismo muy anterior a la presencia humana, como signo evidente de una inapropiada coexistencia de tales especies con la hominal.

Cumplida la empresa creadora, en cuanto concierne a la organización material, y puesto a posible contribución el inmenso caudal de recursos que ofrecen las producciones naturales, es el momento propicio para proporcionar al hombre el anchuroso campo de la vida natural, sobre el que cimentar su más o menos sencilla existencia.

Y es entonces, cuando el nuevo ser aparece dotado providencialmente del don espiritual, cuyo lote de atributos lo capacita para regir—en cuanto cultiva su razón,—las fuerzas y factores de la misma creación, que permanecerán doblegados, en todo o en parte, a su mandato, a sus necesidades y a su ingenio.

Finalmente, en el sentido expuesto puede considerarse al hombre como la obra más acabada y completa de la creación, en la que culmina—coincidiendo con la Suprema complacencia,—la compenetración de materia y espíritu, la íntima relación de la vida corpórea y sentimental, la coordinación de las actividades físicas e intelectuales, como complemento mútuo que exhibe y patrocina el tipo organizado natural de máxima complejidad.

Y ¿qué destino es el que compete a este hombre como consecuencia de su aparición?

Si desde un punto de vista material, atañe al hombre por razón de naturaleza la propagación y diseminación de la especie, ex-

pansión que tiene lugar con arreglo a las condiciones y circunstancias de vida que el ambiente le proporciona, conviene tener presente, que en el ser humano hay algo más que materia.

A este propósito se desprende, que la propia razón humana, tiende a contemplar con admiración la obra que le rodea. Y asombrado el hombre de la complejidad y ordenación de sus fenómenos, reconoce por mero raciocinio, que la existencia de tal dechado de producción, colocado a su disposición y albedrío, no puede ser más que obra referida a un Ser superior, situado muy por encima de su intelecto, al que por natural impulso y en testimonio de gratitud, rinde pleitesía de reconocimiento y acatamiento.

Para poseer este convencimiento, de por sí innato en muchos casos; así como para adquirir en otros, el concepto doctrinal que mantienen muy diversas religiones tanto en el campo pagano como en el cristiano, no ha sido preciso que el hombre haya logrado alcanzar un cierto nivel cultural anejo al progreso civilizador.

En efecto, basta con apreciar y reconocer que, desde el más remoto primitivismo humano al salvaje actual; o bien desde la primera creencia de carácter pagano al Credo cristiano, en todo momento—según estadios de civilización y progreso de los tiempos,— el hombre se ha dejado guiar por una idea natural y lógica. Así ante el reconocimiento por un lado de su propio y menguado discernimiento, consecuentemente, ha atribuído—todo aquello que el ambiente le ofreció como difícil para ser descifrado con precisión, o imposible de ser explicado satisfactoriamente,—a la fatal intervención de más de un dios en el sistema pagano, frente a la Omnímota potencia creadora del único Dios.

Y en este último caso, concurre la realidad, con la glorificación exigida y compendiada en el: «*Amarás al Señor tu Dios*»: como prueba de homenaje por la propia existencia.

## El hombre y la tierra

¿Qué representa la tierra con respecto al hombre? ¿Qué es el hombre en relación con la tierra?

He aquí dos cuestiones planteadas, a las que interesa dedicar alguna atención.

En cuanto a la primera, precedentemente ha sido señalado el asiento del hombre sobre la superficie terrestre, a cuyo concepto, se aplica corrientemente la expresión de tierra.

Desde el punto de vista de su esencia, es la tierra, el medio natural a expensas del cual, el hombre—o la sociedad—vive, es decir, se desenvuelve. A su vez, es el medio en el que, el hombre como toda organización biológica, es producto de la innata vitalidad terrestre, a tal punto que con la misma naturalidad con que lo origina y sustenta, así también—llegado el caso—lo reduce a su propia materia inicial y al parecer inerte, cuando por senectud u otra causa, no reúne las debidas y necesarias condiciones de existencia.

En segundo caso, y en atención a su uso y aprovechamiento, la tierra con cuantos factores naturales la integran y enriquecen, bien por espontánea producción, o por manufactura de los mismos, y aún de aquellos que radican en el contenido terrestre inmediatos a la superficie, constituyen el ambiente natural del que el hombre dispone para cubrir sus necesidades y las de sus semejantes, es decir, las propias de la colectividad social.

Es precisamente la tierra centro vivificador de la materia mineral, mejor dicho, de los sencillos compuestos minerales que al asociarse en complejo biogénico, dan lugar a la materia organizada, de la que disponen para su constitución los seres vivos.

Es en la tierra donde tiene lugar la armonización de todos los elementos y seres radicantes en sí misma, mediante la mútua dependencia de unos a otros. En efecto, a expensas de los materiales afines al reino mineral vive la variada vegetación que, a su vez,

constituye la base fundamental de nutrición del animal fitófago. A costa de la abundancia de este último tipo, es rendido principalmente el obligado tributo de sangre para el sostén del reducido género animal casi exclusivamente carnívoro.

Así se establece la prodigiosa trabazón y enlace existente entre los seres vivos, para que en definitiva, por sus productos de deshecho o por consunción, devuelvan a la materia mineral cuanto de ella arrancaron para transformarla en las diversas manifestaciones de energía que deja traducir la actividad vital.

En semejante trama, como no podía menos de suceder, no constituye excepción de ningún género el hombre. Pero en cambio, es muy diferente el aprovechamiento que de la tierra aquél obtiene, si se compara con el usufructo meramente espontáneo del que participan los demás seres vivos.

Así sucede, que fijo el vegetal al terruño de nacimiento, o libre el animal para deambular de un punto a otro—por sistema de emigración o por natural impulso de conservación individual,—en cada uno de los casos no se obtiene más rendimiento a su provecho, que aquél que brinda la naturaleza en el medio de localización.

De modo muy distinto, obtiene el hombre beneficio a costa de la tierra. A tal propósito basta recordar, que la razón humana y la experiencia mediante ella adquirida—que tan diferente es de la lograda por mero instinto,—es el factor que con respecto al hombre, abre un poderoso y fecundo surco de producción en el pastoreo y la agricultura.

Tales actividades, después de aquellas primitivas y propiamente innatas de caza y pesca, fueron las desenvueltas por el hombre una vez conseguida la previa domesticación de los animales. Y semejantes atenciones, que por este hecho adquieren el signo de oficio prehistórico, son las que con muy ligeras variantes se han sucedido, a través de todos los tiempos y generaciones sucesivas, hasta nuestros días.

Nunca con mayor oportunidad que la presente ocasión, para



advertir que las enormes necesidades que para su sostenimiento y conservación exige la especie humana, son satisfechas en momentos normales con exceso, a costa de la agricultura y ganadería. Ambas actividades, son instituciones complementarias de la vida campesina, y como tal, este género de vida es el más semejante a aquel otro de tipo natural, del que el hombre se valió casi a raíz de su implantación en la tierra.

De cuanto antecede, se deduce fácilmente el destino que la propia existencia en la tierra, impone al hombre: El trabajo, y como rendimiento inmediato, el fruto que la tierra le ofrece, por término medio, a ciento por uno.

Vida de campo, vida de trabajo, vida de producción; en suma, vida de provecho y de beneficio para sí mismo como para el semejante.

Y frente a tan evidentes ventajas, se muestra a nuestra consideración, el otro género de vida, por desgracia bastante más frecuente que lo es de desear, y mediante el que para una elevada proporción de individuos, cuadra con toda precisión el apelativo de parásitos, desde muy diversos puntos de vista. Los unos por vagos, los otros por incapaces, muchos por inútiles, los más porque la «admirable» vida de señorito, con cargo al trabajo del prójimo, no puede ser comparada con nada ni reemplazada por nada; así es de inactiva, improductible, inaprovechable e inútil.

¡Cuánto ha contribuido esta marcada diferencia en el haber de trabajo individual, y hasta cierto punto en el colectivo, para dar lugar al odio de clases! Y no se diga que el mal se dió y no existe manifiesto, que más que ciego, sería quien así apreciase el caso presente.

A este respecto, el cuadro social no puede ser más desconsolador; perjuicios colectivos más que individuales en la mayor parte de los casos; revulsivos sociales que brotan como la lava volcánica cuando las energías internas chocan sin previo amago ni control previsto.

Desigualdades manifiestas que dejan sentirse en las colectiva-

des y sus variadas formas, pero que muy particularmente se ofrece al objeto antes expuesto, en la marcada hostilidad entre las ciudades y el campo, como consecuencia de la diferencia de trabajo y producción, en virtud de un elevado porcentaje de urbanos reñidos en absoluto con ambos conceptos.

Diríase que para muchos, permanece en olvido aquel imperioso Mandato, que señala con claridad el ineludible destino de todo hombre en la tierra: «Comerás el pan con el sudor de tu frente».



Y he aquí, que la precedente obligación, estatuida por orden natural, a la par que mediante revelado principio doctrinal, sirve de enlace a la segunda consideración planteada.

¿Qué es el hombre en relación con la tierra?

Nadie debe ni puede asustarse, por una contestación clara y concreta como la siguiente: Es un animal más, de los muchos que la pueblan.

En efecto, considerado el hombre bajo el punto de vista de la constitución física, hay un marcado carácter que lo diferencia de aquellos cuadrumanos de los que tanto se ha hablado—más sin fuste que con fundamentos, más por influencia de idearios en moda que por criterio propiamente científico,—en interés de revelar un pretendido parentesco antropológico.

En virtud de tal carácter se establece el grupo titulado Bimanos en el que, con toda otra exclusión, se incluye la especie humana.

No hay motivo para dar lugar a remover viejos pleitos, por el hecho de afirmar que el hombre, como ser vivo y producto de la propia Naturaleza alcanza el grado más elevado de la escala animal, de cuyo concepto genérico se aparta, desde el momento que atesora la singular cualidad de racional.

Pero como tal animal, no escapa el hombre a las naturales condiciones que la vida impone, y de cuyo conjunto no es posible

sustraer a examen nada más que alguna de aquéllas. Tal es, la designada por la lucha por la existencia.

No es de presumir que la expresión apuntada disuene lo más mínimo, cuando día tras día asistimos y apreciamos en lucha y para la lucha por la existencia, el continuo trastrueque de la geografía política, en el afán de abrir y ensanchar los llamados espacios vitales. Conviene no olvidar al efecto, que ambos conceptos establecidos bajo un criterio positivista, se hallan vinculados a un viejo molde de cierto matiz materialista, notoriamente censurado, no hace todavía mucho tiempo.

Así las cosas, y con respecto al hombre, puede considerársele en abierta lucha por la existencia, durante aquel primitivo período en el que reducido a sus escasas fuerzas naturales avaladas por su ingenio, mantuvo su hegemonía frente a la fuerza bruta del medio materialmente animal.

Pero a medida que el hombre se esmera y progresa, podría decirse que se especializa en civilización, y en tanto, al mismo tiempo que la vida natural se esfuma, parece como que esa lucha por la existencia se humaniza hasta cierto punto, y perdiendo en parte la crudeza de aquella expresión de matiz científico, es sustituida por otra más vulgar y más llevadera en las dificultades que a diario se presentan; es la barajada y manida frase de: la lucha por la vida.

En consecuencia, del resultado demasiado positivista que implica a veces la susodicha lucha, sobreviene frecuentemente la fatal preponderancia del yo sobre la virtud del auxilio al semejante. Y por cierto abandono de la racionalidad humana, se deja sentir la intervención del instinto animal, que hasta pasionalmente se sobrepone para contribuir al olvido del prójimo.

He ahí como el hombre, en el momento que deja de hallarse respaldado por la razón, deriva con pasmosa facilidad a la condición animal primeramente señalada, de la que por naturaleza no puede desprenderse.

Si, pues, no hay una causa elevada y digna que induzca y con-

duzca al hombre a mirar y considerar al semejante como algo de quien se necesita imprescindiblemente para lograr la propia subsistencia, difícilmente puede hallarse eliminado del influjo natural e innato de vivir con mayor holgura, más que frente, a costa de los demás. Que en tal actitud encarna, el comportamiento antihumano y antisocial de las especies no racionales.

El hombre, como regidor—en cuanto su mente lo permite—del contenido terrestre con toda su interminable corte de productos, dispone de la dádiva providencial como premio exclusivamente a él dedicado. Pero la condición de igualdad que alcanza a todos los humanos, les hace copartícipes del beneficio, con natural disfrute, por todos y cada uno, de cuanto la tierra encierra.

Semejante don no es por tanto exclusivo de algunos; desde el momento que es general, todos tienen derecho a la vida desde el instante que son engendrados.

Y a propósito de la circunstancia condicional apuntada, acerca de la iniciación vital del ser, no puede menos de brotar muy natural sugerencia en razón de los dos conceptos últimamente expresados.

Responde esta obligada digresión, al hecho de anatematizar la antinatural y desgraciadamente frecuente concepción modernista—como consecuencia de un aterrador egoísmo—por la que precisamente en la lucha por la vida, se llega con infamante destino a privar de existencia al fruto que la propia vida tradujo en su nueva esencia superviviente.

A tal efecto conviene señalar, que no es en el irracional donde el hecho se registra para poder servir de ejemplo. Es en el racional desalmado, donde únicamente adquiere semejante aberración posible carta de brutal naturaleza. Ello es así, sencillamente, porque el hombre en esa lucha por la vida no consigue razonadamente sobreponerse a cuantas circunstancias la vida y la razón imponen al individuo; y sobre todo, tocante al respeto y derecho que merece la vida del prójimo, desde el mismo instante que como tal encarna por virtud genésica.

Y tras del breve paréntesis a que condujo el comentario, cabe

deducir de cuanto le precede, que al animal, en virtud de su condición, no le asiste la prebenda reservada para el hombre y ofrecida por la misma Naturaleza.

En consecuencia, la potencia animal actúa en tal forma, que incluso hace desaparecer a quien con ella se enfrenta o la perjudica.

No ocurre lo mismo al hombre, en quien coexisten la materia con un espíritu de fin altraterreno. Es tal espíritu el que sometido a las leyes naturales—coincidentes en absoluto con normas doctrinales—rige la materia, que así se ve privada de su exclusivo sentido corporal.

Ligado el hombre a la tierra por su origen material, de ella depende en vida; así también a ella rinde tributo en la muerte con el limo de su naturaleza; como fin común y sin excepción alguna.

En tanto, la estirpe espiritual de la que, así también, todos por igual se hallaron en posesión, el alma—de la que nadie si no es su Hacedor, pudo disponer en la tierra,—prorroga su existencia inmortal con merecida suerte, en la que no deja de contribuir—en relación con cuanto queda expuesto—el cumplimiento del deber, que por racional, fué impuesto en él: «Amarás a tu prójimo como a tí mismo».

## El hombre y la familia

Es el animal, por esencia, profundamente individualista. Por excepción, existen no obstante períodos de tiempo en que por razón de progenie y herencia, se mantienen unidos los animales en natural colaboración y defensa por mutuos lazos afectivos. Pero en el momento que la vida añora el propio desenvolvimiento, desaparece en absoluto—sobre todo en la descendencia,—toda relación de índole familiar, para desenvolverse con olvido de un común origen, en manifiesto individualismo de todo género.

Es por tanto lógico, que si el hombre se deja llevar de sus impulsos materiales, caiga dentro de este estrecho modismo de vida, que en tal caso, se manifiesta notablemente acentuado por un des-

enfrenado y redomado egoísmo en todos sus aspectos, motivado por una coordinación de bajos sentimientos.

Sin embargo, el hombre, en virtud de congénita organización de desenvolvimiento específico, no puede—si no es contra naturaleza,—enquistarse en sí mismo y desposeerse de la vida social, que reclaman con evidencia sus dos complementarios factores, materia y espíritu, o inversamente, dada la absoluta compenetración de ambos componentes del ser.

A este particular, véase en breves términos, cuales son las condiciones humanas de origen y las circunstancias de desarrollo del individuo.

De su conocimiento, podrá deducirse la imperiosa necesidad a que se encuentra impelido el hombre para la vida social, y cómo la familia constituye el primer jalón natural de la comunidad social humana.

En cuanto a la primera consideración, bien puede decirse que representa el hombre, la especie animal en la que el individuo, desde que nace hasta que adquiere la necesaria aptitud física para valerse a sí mismo, presenta el mayor grado de torpeza a la par que invierte el lapso más grande de tiempo en adquirir el vigor y decisión necesarios. En relación con estas dificultades de desenvolvimiento en la primera edad, surgen los solícitos cuidados que requiere el niño por parte de sus padres, hasta que ven confiadamente como se maneja solo en cuanto se refiere a sus actividades físicas.

El punto de vista expuesto, se relaciona exclusivamente con el aprendizaje de aptitudes físicas; para nada se tiene en cuenta el problema de educación individual en sus diversos matices. A este particular cabe reconocer, que si el primer caso supone una cuidadosa atención del niño, la segunda fase impone un más acentuado y atinado examen en la observación y desenvolvimiento de sus facultades mentales.

El cúmulo de afanes y preocupaciones a que da lugar el desarrollo de ambos géneros de actividades en el niño, sólo los pa-

dres—y no todos,—lo conocen con precisión, puesto que la primera condición que se requiere al efecto, es la de ser padres en toda la extensión de la palabra.

Con oportunismo, préstase la condición señalada a más de una consideración, mejor que estimarla como asombrosa pero grullada. Y por si el hecho se juzgase en determinado sentido, conviene aclarar y fijar brevemente el concepto a que se alude y mediante el que, todo un padre deja de serlo, desde el momento que no se ocupa debidamente o abandona la labor que impone la educación de los hijos, en el más amplio campo que abarca y es requerido por dicha empresa educadora.

Así, pues, mal o bien, es decir, con poca atención o mediante esmerado interés—con arreglo a las posibilidades y circunstancias propias de cada caso,—es a los padres a quienes, ineludiblemente incumbe, por fundamental razón de ley natural, la tarea de educar a los hijos. De esta carga ningún padre puede verse libre—si no es excepcionalmente,—y por el hecho de que el obligado educador, no reuna las condiciones debidas para cumplir semejante menester, precisamente, por falta de ciertas dotes impuestas por verdadera condición humana.

Tarea y carga ambas, acerca de las que no cabe excusa ni pretexto alguno, y las que estriban en la cuidadosa observación de individuo y ambiente desde que se inicia el conocimiento en el niño, para ser mantenida con tanta más delicadeza a medida que su vida aflora al vasto escenario, que en sucesivas fases y órdenes, deja al descubierto la colectividad social.

Si se trata, por tanto, de un deber anexo a la condición paterna, constituye una verdadera equivocación—que va trascendiendo en frecuentes casos de una generación a otra,—el desmedido afán con que, ciertos padres, abandonan la labor educadora de sus hijos en manos ajenas de índole diversa, como si tales educadores pudiesen ser, más que indefectibles, realmente admirables sustitutos tanto de la condición paterna como del ambiente familiar.

Tan lamentable error permite sospechar que los padres que en él incurren, dan muestras de no haber recibido o merecido la consiguiente educación en tiempo ni momento oportuno.

Por otra parte, un compromiso como el apuntado para el pretendido educador, revela que éste desconoce su cometido, ya que de otro modo, sería el primer factor en imponer como colaboración obligada al objeto propuesto, la de los padres del niño sometido a su preceptoría.

Como final conviene no olvidar, que para más de un caso, si los hijos no constituyen en sí una carga, sin embargo se considera como muy pesada y molesta la que impone su educación. Y a tal efecto, asombra un significativo egoísmo, denunciador de la pasmosa despreocupación sentida por algunos, a cuanto concierne la educación de sus hijos.



A propósito de cuanto antecede, es digno de consignar, que en la crianza y educación del pequeñuelo se precisa del concurso de ambos padres, cuya doble y mútua intervención constituye la asociación familiar como inicial fundamento del cimiento social.

Claro es, que no faltan casos desgraciados, en los que muy diversas circunstancias contribuyen a privar de su colaboración a alguno de los padres, y a veces incluso a los dos; pero es entonces, cuando la mente y trabajo del uno—así como la ayuda del prójimo,—suple en cuanto es posible aquella falta, si bien en ausencia completa de las condiciones del régimen familiar directo.

Esta sucesión de circunstancias, que a primera vista no parece que encierra interés, es sin embargo característica exclusiva de la especie humana. Es suficiente fijar la atención en su alcance y significación, para deducir las condiciones y cualidades que la integran en relación con el sentido racional y sentimientos caritativos, frente al impulsivo egoísmo naturalista.

Claramente se deduce, que semejante caso no se dá en las es-



especies animales, aún en las monógamas, puesto que en éstas la muerte o desaparición de uno de los progenitores, acarrea indefectiblemente el olvido o abandono de la prole por parte del otro, dando lugar en consecuencia a la destrucción de aquélla.

Evidentemente que en la condición humana, si no es dentro de un criterio fatalmente materialista, destructor y desamparador de los más caros sentimientos de caridad, no es tampoco posible admitir actos de semejante naturaleza.

Por otra parte, lo que precede, tiende a señalar la condición monogámica de la especie humana, circunstancia que contribuye esencialmente a la constitución de la vida social.

En efecto, una ligera ojeada por el campo poligámico, demuestra que dentro de este concepto, sólo el progenitor femenino permanece sujeto a las atenciones de la prole en toda la duración de su desenvolvimiento; al efecto, un ejemplo clásico lo proporciona cualquiera de las especies de gallináceas, tanto mejor conocido el caso si se trata de alguna de carácter doméstico. En tal ejemplo, bien sabido es que tanto la incubación como el desarrollo del polluelo corre a cargo exclusivamente de la madre, con absoluta independencia del factor paterno. En consecuencia, el hijo nace, podría decirse, con prodigiosas—si se compara con las de otros seres,—aptitudes, que en breve lapso de tiempo lo colocan en condiciones de adquirir vida independiente, sin más limitación que la propia de defensa, prestada por la superioridad física y experiencia maternas.

Si al mismo objeto antes apuntado, se fija la atención en lo que sucede en las especies monógamas de aves—y como más afines al ejemplo anterior, es el que proporcionan las palomas,—cabe registrar, que la incubación se efectúa alternativamente por ambos progenitores, si bien sea más prolongada la permanencia materna sobre el nido. De otro lado, los requisitos de alimentación y protección son desempeñados simultáneamente por ambos padres, debido a que el pichón cuando nace—y aún días más tarde,— es un ser completamente desnudo, ciego y sin aptitud alguna; muy poco

a poco adquiere vigor y resolución de movimientos, que no son definitivos y propiamente independientes hasta que logra el vuelo firme y resuelto, que aprende por enseñanza paterna.

En resumen, de ambos ejemplos se deduce, que la poligamia se aprecia en seres de desenvolvimiento precoz y sin contribución al mismo del auxilio paterno; en cambio, la monogamia se advierte en las especies cuya prole a su nacimiento, no tiene las aptitudes y defensas propias para una vida inmediatamente independiente.

De consiguiente, y en virtud de cuanto antes se ha expuesto acerca de las dificultades que ofrece el ser humano desde que nace hasta que logra su vida independizada de la familia, cabe reconocer y admitir, que al hombre le corresponde por régimen natural el género de multiplicación monógama.

Con arreglo a dicho carácter, se instituye el régimen familiar, innato al hombre, propugnado por naturaleza, y hasta por el mismo sentido común.

No cabe duda que semejante institución, fué la que plasmó en la primitiva sociedad humana, en aquella inicial asociación a que se vió impulsado el hombre primitivo, en interés de hallar más favorables condiciones de defensa, conservación y hasta de habitabilidad.

Es suficiente con detenerse a pensar metódicamente breves instantes, en cuanto supone el aislamiento humano bien individual o familiarmente considerado, para deducir: la nulidad del primer supuesto, y la imposibilidad incluso de vida por cuanto se refiere al segundo.

Con respecto a este último particular, solo podría apreciarse dentro del margen de un primitivismo de vida natural, que tampoco es admisible, desde el momento que el lazo de relación familiar es derivación obligada, relativamente en breve período de tiempo.

Resulta por tanto que, lo mismo en la vida natural primitiva como en la actual vida de campo—que como antes se indicó es la que más se le asemeja,—es la familia puntal de todo género de actividades, de todo orden de empresas, y a cuyo efecto se comple-

mentan con mútua ayuda las diversas instituciones dedicadas a menesteres semejantes.

No es posible detenerse a establecer algunas consideraciones acerca de las fases de transición a que puede dar lugar el estudio comparativo del desenvolvimiento de las ocupaciones, trabajos, entretenimientos, oficios, etc., del hombre, desde un punto de vista genérico hasta llegar a una determinada especialización. A este respecto es evidente, que necesariamente habría de llegarse como conclusión, al reconocimiento de una mutua concordancia de intereses, y por tanto, a una ratificación del concepto familia como natural expansión de caracteres físicos y económico sociales.

Por lo demás, la familia, por razón de sucesión y amplificación de concepto en plena comunidad social, adquirió cualidad de estirpe, con más o menos sentido de alcurnia social. El propio genio individual, así como determinadas actividades y ciertas aptitudes, fueron en suma, factores que desde un principio pudieron motivar en la más rudimentaria sociedad humana, un grado de diferenciación elevado más o menos a la categoría de distinción o de jerarquía, en atención al valer y disposición personales, como deja traducirse ya en el preteritismo prehistórico.

Esta característica de estirpe aparece más acentuada en momento ulterior, destacada con un cierto privilegio de condición social, derivado de un nexo de sangre o raza. Podría citarse al caso, como ejemplo de antigua reseña, el llamado pueblo de Israel, minoría selecta, como elegida para mantener incólumes los principios fundamentales de la antigua Ley. No obstante su elección, los favores dispensados y el auxilio prestado en buen número de vicisitudes, no supo dicho pueblo conservar el privilegio concedido —como único caso conocido en la Historia,—y dejándose llevar del pernicioso influjo materialista cayó en desgracia y consiguiente desaparición. Al fin y al cabo, es la misma causa y efecto que se han sucedido a través de los tiempos, con los pueblos que si llegaron a plena hegemonía y poderío, sufrieron el mismo castigo al revolcarse en la cienaga materialista.



Finalmente, y al objeto de señalar el destino de la familia, nada mejor que recordar el aforismo: «Creced y multiplicaos».

## El hombre y la organización animal

Como precedentemente se ha significado, la condición animal del ser humano, no deja de prestarse a interesantes sugerencias.

Así, si se compara la organización humana con la propia de los seres más afines, del mismo modo que si la identidad se establece con los alejados de su género, con todos aparece manifiesta la semejanza. De todos también lo separa su condición de racional, y aún no faltan frecuentes casos en los que, el don privilegio de esta cualidad, queda totalmente sojuzgado a la perniciosa influencia de materializados sentimientos.

Al objeto antes indicado,—y aunque el hecho pueda ser tachado de vulgar y no muy científico, pero, sí pleno de sinceridad y realismo,—no puede menos de recordarse, la sabrosa pincelada del caricaturista Arrue. Con vistoso colorido, acierta a reflejar la estupefacción a que dá lugar la contemplación de un gran modelo anatómico humano expuesto en un escaparate, por parte de un labriego que se halla acostumbrado a ver el motivo de la matanza casera, colgado, abierto en canal, y despojado sucesivamente de sus entrañas.

Y la admiración brota ingenuamente, al comparar el aspecto visceral del hombre modelado, mediante la gráfica leyenda: «¡Igual, igual, que el cerdo!».

Y es que, cuando el vulgo percibe por los ojos el conocimiento de las cosas, no hay nada como sus atinadas y genuinas expresiones para denunciar la realidad de los elementos que son motivo de comprensión, y en el caso expuesto, de comparación.

Pero volviendo al punto de partida, no estará demás señalar, que la razón humana, que parece habría de anteponerse a los sentimientos pasionales, y contribuir al perfecto funcionamiento del armónico conjunto corporal, es precisamente el factor que inter-

viene en muy frecuentes ocasiones dando lugar a trastornos y alteraciones verdaderamente antinaturales, dentro de tal prodigio de organización.

Puede decirse que, en más de un caso, la pasión, anteponiéndose a la razón, labora contra la propia naturaleza.

Como se ve, no es suficiente el don racional para regir y encauzar a la propia materia, que a este punto de vista, se muestra más acuciada que en el mismo irracional. Cuantas veces la irreflexión, a falta de un cierto sentido educativo, conduce a obrar el hombre en forma más brutal que la acostumbrada por los mismos irracionales.

A dicho objeto, no hace falta recordar más que, lo que sucede desgraciadamente en nuestros días, para denunciarnos la prueba palpable de tan inicuo comportamiento.

En efecto, las dificultades que ofrece la vida en el momento actual, inducen a más de un padre de familia al abandono de su mujer e hijos. En su alocada empresa, no solo dejan en el mayor desamparo y abandono a los suyos, sino que en el ímpetu de su desesperación no aciertan a enfocar su actividad en otro norte, que en pasmoso desenfreno hacia el más bajo contubernio social (1).

Para llegar el bruto a un idéntico resultado entre sus congéneres, no admite la desgracia ni tolera el abandono de la prole; la huída es precedida de la destrucción de aquélla; solución si se quiere, más rajante y menos humanitaria.

Pero humanos hay, que si no matan a los suyos a viva fuerza,

---

(1) P/S. Señalábase el hecho en 20 de enero de 1942. Sin embargo, hacía mucho tiempo que el caso aludido se había iniciado. Para la citada fecha, el número de casos ocurridos—de aquí y acullá,—por lo elevado, había tomado carta de naturaleza y constituía tema obligado en el comentario de cuantas personas dedican su atención a los problemas sociales.

Hubo de incrementarse en forma tan alarmante, que el Gobierno del Estado se consideró en el caso de dictar la Ley de 12 de marzo de 1942 (Bol. Ofic. 27 del mismo mes), por la que se sanciona el delito de abandono de familia.

los destrozan y dejan perècer entre las más penosas torturas y sufrimientos, demostrando con tan fatídica conducta, que donde no hay cabeza tampoco hay corazón.



La semejanza de organización implica identidad de funciones. Esto ocurre en los animales de mayor complejidad de organización, pero con respecto al hombre, adquieren aquéllas diversidad de grados y matices, por cuanto aparecen dependientes en buen número de casos de las facultades intelectuales, y a veces en relación con el funcionamiento más que de un determinado órgano, de un sistema de órganos.

De aquí nace el hecho, de que la gran complejidad del mecanismo humano exige, o por lo menos interesa, un cierto conocimiento de su organización y funcionamiento.

Y puesto que, por parte de todos aquellos mortales que se dicen o consideran civilizados, no es posible que se llegue a tan conveniente, ventajoso y práctico resultado, cuando menos es preciso, que sea el mayor número posible de los que adquieren un cierto grado de educación o bien un cierto nivel cultural, los que se hallen obligados a conocer, como vulgarmente se dice, lo que cada uno es, y dá de sí.

Es necesario señalar el caso en los términos apuntados, porque es realmente desconsolador y a la par resulta vergonzoso, que personas—a quienes se considera que participan de esmerada educación y, al parecer, de un elevado haber cultural,—en el momento que las circunstancias imponen a su consideración un tema que de cerca o lejos roza con la constitución física del cuerpo humano en sentido estructural, anatómico o fisiológico, dejan inmediatamente apreciar algunos significativos síntomas, de los que se deduce que, de todo aquello, se encuentra completamente limpia su educación y cultura.

Pero bien es verdad, que nada de lo apuntado es óbice para

que, al mismo tiempo, padezca la masculinidad, o el feminismo exagerado, colmadamente sus notas, con empleo de sustancias que en uso más o menos decorativo, se extienden desde la punta del pelo cefálico hasta el extremo de la uña del pié.

Todo ello al parecer muy externo, y como tal considerado por las personas aludidas, y en forma, que más de una vez no les cupo la sospecha del origen de trastornos más o menos graves de carácter interno, como derivados y procedentes de aquellas aplicaciones de uso exterior.

A este propósito, con seguridad puede decirse, que de haber estado previamente orientadas en el conocimiento de algunas breves nociones acerca del tegumento, éstas y la experiencia meramente instintiva, hubieran bastado para evitar más de una lamentable consecuencia.

Y si a tales desatinos se llega, por desconocimiento e intervención en lo externo, fácilmente puede comprenderse, a qué extremo conduce la falta de conocimientos respecto a la distribución orgánica interna, así como de las mútuas relaciones interorgánicas.

Si se tratase de enunciar ejemplos, habrían de parecer tan burdos y estrafalarios, que más vale continúen en el secreto registro más o menos profesional, para no dar motivo a subir de tono las mejillas de quien puede escuchar o leer estos comentarios.

No debe extrañar, por tanto, que sean numerosos los individuos—de uno y otro sexo,—que si al primer golpe de vista parecen poseer un determinado rango cultural, sin embargo, bien pronto la realidad confirma, que carecen de rudimentarios conocimientos acerca de muy elementales funciones del propio organismo.

Así, para muchos, constituyen un enigma—aparte del comienzo y fin,—las vías y localización de las funciones digestivas, o no llegan a vislumbrar el alcance de los fenómenos respiratorios. No faltan entre ellos, para quienes la sangre no pasa de ser un «líquido» rojo que, en virtud de algún accidente, brota al exterior y se coagula, pero sin sospechar el papel decisivo que dicha sangre representa en la nutrición y defensa del organismo; o quienes, con-

sideran a la orina como otro líquido interno sin relación alguna con la sangre. Para cuantos, el sistema nervioso queda reducido a un verdadero paquete de filamentos que partiendo del encéfalo se extienden por todo el cuerpo, y dan más o menos guerra según el estado de ánimo del individuo.

¡A qué seguir, si en realidad podría tejerse uno tras otro, toda una serie de disparates en supuestos admitidos, todos ellos en relación con vulgarísimos conceptos científicos!

Dolorosa es la confesión, pero si no hay mal que por bien no venga, conviene hacerla con toda sinceridad. Si en un plan de enseñanza, ya trasnochado, se adquiría nada más que un ligero barniz—aunque muy ténue su capa, por poco sustanciosa,—mediante el estudio de la Fisiología humana, y cuyos escasos conocimientos, como tantos otros, pasaban poco tiempo después al lugar de los vagos recuerdos ¿qué es lo que puede suceder en nuestros días con la desaparición de aquella disciplina, o a lo sumo con la interpolación de sus conceptos entre los más amplios de anatomía comparada?

El despropósito es manifiesto, y si por desgracia no se le pone remedio inmediato, ha de llegar indefectiblemente muy en breve el momento, que toda una generación de jóvenes de ambos sexos, carezca en absoluto de noción alguna respecto a cómo es y en qué consiste su propia constitución orgánica.

Y podrá darse el caso, que los estudiantes que, más por indicación que por gusto hayan de dedicarse a los estudios de Medicina o de Ciencias Naturales, no solo emprenderán sus enseñanzas sin preparación de ningún género, sino que lo harán, sin haber tenido motivo de experimentar el incentivo natural hacia tales disciplinas, ya que mal pudo revelarse la propia afición en ese sentido, desde el momento que no percibieron debidamente las enseñanzas elementales, pertinentes a este género de conocimientos.





El hombre por propio destino en esta vida, y para conservación de la misma—por obligación impuesta,—debe mantener su cuerpo como su espíritu, en perfecto estado de salud.

Para ello se requiere imprescindiblemente conocerlo, y con el suficiente detalle a su vez, para darse cuenta de los estragos que en ese organismo pueden ocasionar los excesos y defectos, sin olvidar las terribles consecuencias a que dan lugar los malos hábitos y, en particular, los vicios.

Y no se diga que dicho conocimiento no es necesario, que no hace falta adquirirlo, porque a falta de salud, médicos hay tanto para el cuerpo como para el espíritu.

Ante semejante criterio tan en pugna con toda norma de previsión, no puede menos de reconocerse como muy digna de ser tenida en cuenta, aquélla que establece, que no hay mejor garantía que la de conocerse y observarse así mismo, así como no hay mejor médico y remedio que la propia conciencia y sus requerimientos, como sistema denunciador de actos y deseos, costumbres y consentimientos.

Lejos, pues, de relegar al olvido los conocimientos esenciales antes propuestos, considerándolos como tarea inútil y sin provecho; debe constituir esta labor fundamental motivo de cultura general—de la que no puede prescindir quien pretenda poseerla en grado medio,—por adquisición de cuantos conocimientos reflejan la natural existencia del individuo, de su conservación y proliferación.

Por último, y sin entrar en otro orden de consideraciones, baste añadir que, a los efectos tanto de la instrucción como de su aprendizaje, constituye la enseñanza propuesta una labor en extremo atrayente, y llena de esa intrigante curiosidad que reviste—adueñándose del propio individuo,—el consabido «Nosce te ipsum», tanto desde el punto de vista físico, como moral e intelectual.

## El hombre y algún que otro aspecto social

Todo hombre, por razón de origen, participa de una verdadera condición de igualdad con respecto a sus semejantes; y así se expresa y considera, que todos los hombres son absolutamente iguales.

Este caso de igualdad no es exclusivo en el concepto material, sino que otro tanto ocurre en relación con los dones del espíritu, siendo así que el Creador, proporcionó a cada humano las mismas facultades espirituales.

Es, pues, cada hombre dueño de un patrimonio físico y espiritual, desde el momento que nace hasta aquél en que rinde a la tierra su destino material; y a su vez, las cuentas de acá se liquidan en el más allá, con arreglo a como actuó su consciencia, lo que dictó su conciencia, y la decisión que por propio albedrío pudo tomar, según tales elementos de juicio y de consulta.

Por iguales también, así como todos tiene un mismo principio participan de un mismo fin. Pero si ambos términos extremos son los mismos para todos, es el período intermedio, o vida terrena, la que implica desigualdades, la que determina diferencias estableciendo variaciones.

Es, por tanto, el ambiente y sus consiguientes variantes, el factor y agentes que actúan eficientemente en la colaboración de las cualidades diferenciales de unos a otros individuos.

De otro lado ha de estimarse, que si el medio físico es más que suficiente para ejercer notable influencia sobre el individuo, fácilmente se comprende que las anejas circunstancias morales o espirituales en las que aquél se mantenga, constituirán necesariamente decisivas modalidades de diferenciación.

Aparte de cuanto antecede, es preciso considerar que el hombre no está capacitado ni constituido para vivir aisladamente; al efecto, el concepto familia, antes expuesto, implica y significa una fase inicial de asociación.

Al factor hombre, por tanto, es inherente la condición social por naturaleza; y así puede decirse, que el hombre por natural creación, organización somático-psíquica, y hasta por propia concepción humana, es un ser cuya vida requiere evidente y necesaria coalición social. Incluso puede añadirse, que el factor hombre no es más que un elemento complementario de ese obligado medio social, cualquiera que sea el nivel cultural adquirido o desenvuelto respecto a dicho ambiente.

Ahora bien, si la condición humana es de igualdad y semejanza,—y precisamente dentro del credo cristiano, es donde tal consideración adquiere su máximo valor y significación,—no tiene nada de extraño que, en cuantos casos no dejó sentir su benéfica influencia esta cultura religiosa, sea allí donde se manifieste la consiguiente aparición de desigualdad entre los humanos. Esta diferenciación procede de un acto meramente instintivo en algunos casos, arrancado o copiado, de cuanto sucede en las especies animales.

Es así que, como natural derivado de la lucha por la existencia nace entre la animalidad la victoria del más fuerte—como caso excepcional de entre los más aptos,— hecho que en sí encierra un determinante de preminencia, que inmediatamente se traduce en el imperio de superioridad sobre los semejantes, con evidente dominio y envalentonamiento de una parte, en tanto se crea una condición inferior y estado de medrosidad por otra.

Semejante ejemplo, con gran frecuencia dictado a la observación de aquel hombre que participó de la primitiva vida natural, no pudo menos de influir sobre el instinto humano. E imponiéndose al propio raciocinio —todavía desconocedor del sentido humanitario,— se dejó guiar por propio impulso, para motivar por natural vanagloria primero, por manifiesta dosis de soberbia después, el predominio de uno sobre otro y sobre los demás. Por consiguiente realce y elevación del erigido en jefe, con naturaleza de casta, para los suyos; en tanto el resto, que son los más, quedan sujetos a su voluntad en ominosa condición de inferioridad.

Esto y no otra cosa, es lo que se advierte hoy en la diversidad

de tribus de los variados pueblos salvajes actuales; de una parte, dominación y omnímodo poder por privilegio de sangre; de otro lado, esclavitud como normal condición social.

Pero esta norma de edificación social, no es solo afín a un paganismo de tipo exclusivamente salvaje. Allí donde el paganismo sienta sus reales, o deja aparecer de algún modo los síntomas de su influencia, allí también, se advierte inmediatamente la consecuencia de implantación de este tipo de sistema social.

No es pues, la aparición de clases sociales obra de hoy ni de ayer; desde muy temprano, el espíritu humano se dejó conducir por ímpetus que contradecían el dón de la razón humana.



Al origen de la diferenciación social ha contribuido notablemente—más que cuanto antecede,—la división del trabajo, y como secuela la especialización.

En efecto, mientras el hombre lleva a cabo, valiéndose de su propia habilidad y aptitud, todas cuantas acciones implica la resolución de las propias necesidades; o en otros términos, en tanto el hombre se vale por si mismo para desenvolver cuantas actividades requiere su propia existencia, no hay diferenciación alguna de causa a efecto.

Pero en el momento que la propia habilidad facilita la consecución del fin propuesto, y da lugar a un mayor rendimiento, a un más fácil laboreo, o más abundante producción, sobreviene necesariamente un perfeccionamiento en la aptitud o actividad, que trae consigo la división del trabajo.

Si se mira al pretérito prehistórico—en la vida natural de aquel tiempo, frente a la animalidad del bruto,—fueron por el hombre conjuradas las dificultades por mútua ayuda; y cuyo auxilio trajo aparejado para determinadas empresas, el esfuerzo común de una concurrencia social, encauzado hacia un determinado fin.

Al iniciarse para el hombre la lucha por la vida, es el propio

factor hombre quien se asocia, por si es preciso primero defenderse, y vencer como fin propuesto y último.

Pero es precisamente, ese hombre primitivo, quien adquiere con la experiencia una suma habilidad por propio raciocinio y aptitud; en tal caso, la división del trabajo culmina en la especialización.

Y tras de aquellas primeras vicisitudes de la vida humana, hubieron de significarse como derivación natural de tales aptitudes—por lógica transición,—los oficios, con más o menos especialización y acomodación.

Tales características se han ido acentuando paulatinamente, a medida que los tiempos y el progreso han dado lugar a sus muy diversos matices, facetas y aplicaciones.

A primera vista, podrá parecer que ese especialismo supone aislamiento; podrá serlo en cuanto al fin, pero en otro sentido fácilmente se comprende que, cuanto mayor sea la especialización, así también precisa establecer un nexo más íntimo para la mútua convivencia de las especialidades.

Y ante este hecho, y aquel carácter de igualdad humana impuesto como obligación doctrinal, bien conocido y probado es el caso por el que, todos y cada uno nos valemos necesariamente de los demás.

De este armónico enlace con respecto a la necesidad, sobreviene el espíritu de caridad dentro del ideario católico, o la norma filantrópica como simple emblema de humanitarismo.

He aquí, pues, que para mantener la convivencia social humana, es imprescindible además del común y recíproco trabajo, el sostenimiento de aquellas normas morales que se inspiran en manifiesto sentido de espiritualidad.

Pero desde el instante que ese espiritualismo más o menos elevado cede en predominio, y es sustituido nada más que en parte por el influjo materialista; en el momento que el hombre se deja conducir por instinto propiamente animal, surge y se refleja el egoísmo.

Con tan fatal resultado, pierde el hombre su condición colectivo-social, su cualidad caritativa, y se asemeja a la bestia, que sin reparar en cuanto la rodea, se lanza con toda despreocupación y sin escrúpulo a saciar sus apetitos—a despecho de los que considera más débiles o a lo sumo iguales,—y tan solo influida por la previsora cautela de evitar el zarpazo de aquella otra, más astuta o más fuerte.

Como inmediata consecuencia, cabe deducir y expresar: ¡Pobre del menesteroso, del desvalido, del desheredado de la fortuna, del enclenque, y hasta del que arroja una indeseable tara de matiz genético, en el momento que un materialismo, propiamente bestial, invade al factor hombre para llegar a concebir al semejante como desposeído de tal condición.

Es entonces, cuando aquél ser digno de lástima y compasión, pasa a la categoría de estorbo o de inutilidad, y al margen del conceptuado como hombre-tipo y sus derechos inherentes.

Triste y deprimente situación, a la que conduce inexorablemente, el exagerado y fatal principio de la lucha por la existencia. Triste destino el de tantos humanos, dentro de semejante criterio, en situación lastimosa de pagar culpas ajenas más bien que las propias.



Y hablar del egoísmo, como resultante obligada de influencia materialista, induce necesariamente, a considerarlo bajo otro modo de interés colectivo, y por tanto social.

En efecto, no deja de manifestarse el egoísmo en otra forma, podría decirse de grado más degenerado—consecuencia de una depauperización espiritual,—en el que el hombre llega a desposeerse de la menor sombra de espiritualidad.

Por desgracia no son contados sino muchos, los individuos que con redomada satisfacción—como la del sibarita que rezuma de gusto con el sabroso manjar,—atienden al negocio que más les

conviene, sin asomarse para nada ni por nadie, a lo que puede suceder en todo un mundo de diversificados matices espirituales.

Sin embargo, y por excepción, hay muy contadas ocasiones en que este acérrimo materialista, esencialmente individualista,—sin al parecer mezclarse ni intervenir en cuanto atañe al asunto,—atiende con interés y presteza el alcance de cuanto puede significar un choque, o bien un desenvolvimiento, de idearios de carácter religioso, crematístico y hasta político. Es más, atisba con predilección, el momento o momentos—con los consiguientes vaivenes,—en los que persigue por afán de negocio un desatado lucro.

Y sin detenerse a pensar en otras consideraciones, se sitúa indefectiblemente al lado del bando que más le conviene, que por lo general, es el que aparece o puede aparecer como victorioso, vencedor o con éxito en su empresa, según los casos y las cosas.

Permítase concluir y apreciar en consecuencia, como ¡desventurado pueblo, aquél en el que actúe como peste que envíe su propia savia, una cierta proporción más que de hombres, de entes participantes de semejante naturaleza mental!

Desgraciado país en el que, entre la masa ciudadana, se refugie un plantel de desaprensivos, cuya única aspiración se cifra en un egoísta individualismo, necesariamente sostenido sobre el malabarismo a que fatalmente conduce la falta de ideario, la total ausencia de un elevado sentimiento.

¿A qué destino conduce el factor hombre encuadrado en semejante comportamiento, tanto para sí como para la sociedad de que forma parte?

La respuesta es clara: En cuanto se refiere al individuo, queda sometido a la baja condición de reptador por denigrante actitud reflejada en la hipocresía religiosa, en el negocio sucio, o en la anfibología política; casos todos ellos, que tantos y tan graves trastornos acarrearón a pueblos y comunidades de otros tiempos.

Por lo que concierne al punto de vista social, sobre todo cuando abundan los aludidos agentes, el hecho se traduce—según los casos,—en un engaño y consiguiente desesperación del pueblo, en

el confucionismo religioso, en el caos político, en el desprestigio nacional; y todo ello, encaminado fatídicamente hacia una descomposición del propio sistema social.



Al remover cuestiones que rozan el punto de vista social, parece que no es posible desprenderse de la influencia que ejercen las actuales circunstancias, las que permiten reconocer palpablemente las llamadas lacras sociales, que afectan a los propios cimientos de la sociedad y sus organizaciones fundamentales.

De tal modo va penetrando el virus del desmoronamiento con arreglo a modismos modernos, en tal forma se manifiesta el empuje arrollador de su influencia perniciosa, que a falta de barrera aisladora, y por no querer reconocer el fundamento esencial, no parece hallarse otra explicación que la de atribuir su invasión a la eficacia de agentes ocultos.

Así ocurre, que si se adjudicó antaño, a colectividades a las que se atribuyó un cierto carácter secreto, un poderoso influjo capaz de decidir acerca de cuestiones y actuaciones de muy diversa índole; hogaño, después de haberlas dado por aniquiladas y maltruchas, no deja de hacérseles resucitar en más de una ocasión.

Y por lo general esto ocurre, cuando hay que hallar un culpable sobre el que conviene que recaiga la responsabilidad de actos que, a veces, más tienen de propios errores y equivocaciones flagrantes, que de culpas nacidas de dislates ajenos y referibles a más o menos ocultas organizaciones.

Ante los hechos, y la realidad con que se nos presentan, justo es declarar la verdad. Así ¡cuánto más sencillo es señalar, la real y potente intervención de los llamados intereses creados!

A fin de no resultar éstos heridos, ni tan siquiera lastimados, se esconde aquella intervención camuflada entre las más tupidas mallas de previsión y cautela, como factor esencial capaz de mover todo género de resortes, tanto más influyentes y decisivos



cuanto más afectan a individuos, o colectividades de mayor empuje, más amplia envergadura, y hasta de privilegio.

El ejemplo, sin salir del marco social, aparece manifiesto por latitudes propias, y permite establecer las preguntas siguientes:

¿Qué ha sucedido con las máximas sentadas en las encíclicas pontificias publicadas hace ya medio siglo, y aún más recientes? ¿Por qué no fueron dados a conocer sus documentales postulados a raíz de su publicación, con todo género de necesarias ampliaciones y acertadas derivaciones? ¿Es qué el católico puede verse privado de aquellas enseñanzas dimanadas de un Escrito pontificio, en el que al mismo tiempo que se señala la lacra social, se trata de corregirla, y hasta se declara los medios hábiles de conducir por buen camino al elemento o elementos descarriados?

Precisamente, es en aquellos documentos, en los que se señalaban las vulneraciones de una conducta y un contenido sociales en vías de manifiesto desequilibrio. En los que palpataba el espíritu de caridad cristiana rendido hacia los más como más necesitados, y a costa de los menos, por sobradamente privilegiados. En los que se preveía el desastre a que asistimos, como fatal consecuencia e inexorable resultado del olvido de enseñanzas, del abandono de virtudes y hasta de falta de sacrificios.

Aquellas páginas, que reflejaban el dolor paternal; de las que brotaba ejemplar enseñanza; en las que se anunciaba, por vigilante y sagaz vigía, el prudente aviso para el futuro. ¿Cómo y por qué no merecieron ser expuestas, con obligado detalle, a consideración y atento exámen de tirios y troyanos, de humildes y protegidos de la fortuna?

Hay que decirlo claro, aunque sea tarde, para que cuando menos se sepan y conozcan los motivos a que todo ello fué debido, sin necesidad de achacar la hecatombe que registramos, a fuerzas más o menos misteriosas.

Si no se dieron a conocer y explicar tales documentos—como era manifiesta obligación,—fué sencillamente porque sus páginas alababan el trabajo honrado del de abajo, en tanto censuraban

acrememente el despilfarro del potentado con franca despreocupación hacia el semejante. Porque ensalzaban el espíritu cristiano del humilde, frente al anatema lanzado contra la injusticia—antihumana por antinatural,—del pretencioso y falaz comportamiento del individuo—entidad o empresa,—cuya pujanza y potencialidad eran adquiridas y logradas a costa de una miserable explotación de seres semejantes, y por nacidos, hijos de Dios.

En cambio, mientras se impedía que la doctrina pontificia llegase a la masa del pueblo—que a falta de prudente guía, lanzábase en desesperada lucha al sistema del odio y del crimen social,—se consideró una gran mayoría afectada por el copioso disfrute del dinero, en total y absurda indiferencia con respecto a tales normas doctrinales.

Mejor dicho—salvo muy contadas y honrosas excepciones,—procuraron los de arriba mantener a los de abajo en la ignorancia de aquellos relevantes principios fundamentales, en tanto que un loco frenesí, y a veces estulto criterio, les indujo a pensar y sostener que semejantes elucubraciones y atinados consejos para nada se referían a su propia vida más o menos regalada.

No faltaron quienes con absurda cerrazón mental, consecuencia del continuo desenfreno de vida, traducían ésta a la vez en probado desvarío y hasta desprecio, hacia aquel hombre no considerado en situación de alternar ni codearse con ellos en razón de haber de beneficios; por cierto con frecuencia no muy legales, socialmente considerados.

A que seguir, si por desgracia en la mente de todos está patente, que el hecho registrado y lamentado para ayer, aparece hoy—sin traza de llegar a la meta,—en cotidiana orgía ascendente para unos, mientras la miseria más cruenta y espeluznante, cerceña la propia existencia de quienes, como el que más, tienen derecho a la vida, puesto que todos nos necesitamos, unos de otros, por mútua concurrencia y natural asistencia.

De cuantas consecuencias, de una u otra índole, pueden derivarse del ejemplo expuesto, se perciba diáfanoamente que la carac-

terística igualitaria del hombre ha quedado con el tiempo, más que desvirtuada, completamente destruída merced a la poderosa influencia del ambiente materialista.

Únicamente, los principios cristianos, han constituído el valladar espiritualista que se ha mantenido en pugna frente al influjo opuesto; y en defensa de aquella sublime concepción mediante la que, por hijos de Dios, todos somos iguales con derecho a la vida.



Si precedentemente se ha significado más de un censurable caso, que permite apreciar un cierto desmoronamiento del verdadero ambiente social, se impone ofrecer a consideración otro hecho, tan lamentable como digno de no pasar desapercibido.

Si se detiene la atención en observar el estado de cosas—por designarlo de algún modo,—que proporciona la circunstancial actualidad, puede decirse, que de lo ocurrido dentro de casa, o de lo que de un día tras otro sucede por fuera, no ha servido ni sirve para muchos de lección aprovechable.

En esta forma, y sin que una buena parte de la sociedad se dé cuenta de su alcance, mediante un grado tal no de egoísta indiferencia sino más bien de degradante degeneración, se reconoce el avance de una verdadera ola de corruptora influencia pagana más que descristianizadora, que al invadir todos los ámbitos sociales, lleva consigo la total desaparición de los altos valores espirituales.

Hubo tiempo por cierto no muy lejano—ayer como quien dice,—en que las enseñanzas contenidas en los Libros sagrados, ejercían poderosa influencia sobre los espíritus. Al efecto, manteníanse en éstos como incorruptas, las normas básicas que con tacto y prudencia exquisitas, les fueron señaladas e inoculadas desde la más tierna infancia. Con tales normas, expuestas con tino y ponderación, como quien asienta sobre ellos todo el cimiento moral, tanto individual como colectivo, se consolidaron las esencias fundamentales de los principios morales.

Con esta base, es como el relato histórico de aquellas Escrituras, acerca de las desventuras acaecidas en los pueblos, bajo la deprimente acción de la guerra, el fuego, la peste, el hambre, la miseria, los asolamientos, los fieros males del mundo conocido, contribuyó a mantener el ejemplar concepto del castigo de Dios.

Pues bien, y a este propósito ¿puede darse ejemplo más flagrante, de mayor amplitud y máxima hecatombe, que el que nos proporciona la actual situación bélica con todas sus funestas consecuencias, para no estimarlo como un verdadero azote para la Humanidad?

Por de pronto justo es reconocer, que en los designios de la Providencia, no se ha visto jamás a esa Humanidad, en desquiciamiento semejante al que hoy se encuentra abocada.

Desgraciadamente, se muestra así saturada, en sed de odio desconectada de su emblema colectivo; en afán de venganza, torturada en las más inocentes víctimas de niños y ancianos; en ímpetu de destrucción, capaz de asolar todo patrimonio individual como colectivo; en ciega visión de triunfo, mancillando honras y vidas; en obsesionante ambición, con desvalijamiento de ajuares de todo género; en ansia de placeres, mediante absolución de los más execrables vicios; en trance de agotamiento, por hambre, miseria y sed de justicia; en vías de desaparición, como si se tratase de un agudo desequilibrio entre el hombre y su haber terrestre. Y sobre todo, muy incomprensiblemente, en aras de infortunio, frente al sentido deseo bíblico: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

No obstante esta crítica situación, son relativamente pocos los que, a la par que la deploran, atisban con exactitud un funesto alcance al futuro mediante un cada día más retrasado mañana como final, ante las prolongadas escenas—que como efímeras más que pasajeras se estimaron,—del pasado y presente.

En cambio, son muchos los que con desaprensiva indiferencia contemplan el cercado ajeno, y en forma tan incomprensible, que obliga a pensar, si la caridad cristiana por desaparición de tales es-

píritus, hubiese permitido el tránsito a un cúmulo de propias insensateces.

En efecto, inevitablemente hay que confesarlo, por si a tiempo es posible poner remedio inmediato. Se ha llegado a semejante descrédito moral, que resulta muy difícil devolver al hombre y sus colectividades al restablecimiento de los que en todo tiempo fueron llamados—por serlo en realidad,—los altos valores morales, que nos enseñaron a enjuiciar, y aprendimos a apreciar desde que el uso de la razón asomó en la todavía corta inteligencia.

Y como la moral natural no es suficiente para alcanzar el nivel que atesora la virtud, por el mal uso y hasta el abuso que de tal moral se ha ejercido en menesteres y problemas de franco significado materialista, no hay otro remedio que volver al punto de partida, donde aquellos valores espirituales fueron asentados—por quien en todo tiempo descuella con autoridad para ello,—como inmutables, incontrovertibles, y por ende permanentes.

A este respecto, el dilema que se plantea e impone al hombre como a su sociedad, no admite dudas ni medias tintas: O con los principios espirituales, o en plena hegemonía materialista. No son por tanto posibles, acomodaciones ni distingos.

La influencia que una u otra doctrina ejerza sobre el factor hombre, será el agente determinante del fin social, con arreglo a las verdades sustentadas y propugnadas por una, o las teorías emitidas y amparadas por la otra.

Si el hombre respalda su espíritu en las normas de elevado sentido moral, tanto él como la sociedad proseguirán salvados del ambiente material que parece envolver el género humano. Si el hombre no logra desasirse del influjo que la propia materia crea y ejerce, ni del medio francamente materializado en el que aparece sumida la sociedad, tanto el hombre como factor de esta empresa, como esta colectividad humana, indefectiblemente caminarán al caos de su existencia por manifiesto descenso en el grado de civilización.



## El fin último

Ni el hombre ni la colectividad humana tienen otro último destino, que el perfectamente determinado en el momento de su creación. Es más, ni el uno ni la otra tienen razón de existencia, si no es para dar cumplimiento al mandato Supremo.

Así por tanto, obra de Dios el hombre y su espíritu, constituye la hechura cumbre que sirvió de remate para coronar la vasta empresa creada.

Aún más; al ingenio humano quedó encomendado el régimen de dirección y aprovechamiento de tan magna obra, pero no para disfrutarla por uno u otro, sino por todos. Y fué puesta a disposición de la colectividad humana, para ser patrimonio e instrumento de vida de todos y cada uno de sus componentes.

A tal efecto, solo una condición quedó impuesta y exigida por designio mandatario y fin creacional: El cumplimiento de las reglas y ordenamiento del bien, frente a las naturales inclinaciones y asechanzas del mal.

Ahora bien, dotados todos los hombres de una misma razón y consiguiente libertad de acción, la elección de uno u otro camino, quedó sometida a ese concierto de facultades. Sin embargo, ambos derroteros encauzados sobre trazados diferentes, constituyen cada uno un método o norma de vida, cuya solución última alcanza por igual a uno y otro, en el fin terreno.

Pero como el fin o destino del hombre no se cifra en la vida terrena, sino que atañe a un más allá, en relación con el previo comportamiento individual para consigo mismo y sus semejantes; he ahí, que esa actitud individual, da y establece la pauta de la conducta colectiva, por lo que en suma, el destino de esa colectividad trasciende a la vida ultraterrena.

Constituye, ese más allá, la esperanza que el hombre de todos los tiempos ha sentido con presunción natural, para época posterior a la circunstancial vida desenvuelta entre sus coterráneos. Ese

más allá, que tanto en las concepciones paganas como en el credo cristiano, deja traslucir un futuro que en nada se parece al pasado terrenal. Ese más allá, impuesto por la razón humana como complemento obligado de un haber integral de felicidad, ante la ausencia de esta completa satisfacción al presente.

Por otra parte, es evidente, que la condición igualitaria humana queda quebrantada merced al propio impulso individualista. En este caso, de tal modo inclina cada uno cuantas facultades y dotes fueron concedidos, hacia el bien o al mal, que en consecuencia se deriva la concepción muy humana, mediante la que se considera lógico el arribo de un momento decisivo, en el que se aprecie y mida el pro y contra de todo un proceso de vida.

Y si además se tiene en cuenta, que son muchas las ocasiones y circunstancias en las que no parece quedar satisfecho el hombre al merecer un juicio humano; en consecuencia, se hace imprescindible esa jerárquica compulsación de actos y actividades, en íntima relación con el destino último del hombre.

A este fin, ciérnese solemnemente con brazos amplios, pero justicieros y misericordiosos, la balanza Suprema cuyo fiel lo sustenta muy por encima del empequeñecido y empobrecido ambiente en que se mueve la colectividad social humana.

Justicia divina que sienta el dogma cristiano, como principio primordial y anejo a la creación humana, que lo fué, a imagen y semejanza de su Creador.

Y nada más, porque tales disquisiciones conducen a invadir un campo, de cuyo cultivo y provecho—según el Compendio doctrinal,—son los Doctores y como tal depositarios de la Ley Sagrada, quienes sabrán responder.